

LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA: EL ATAQUE SIN INVASIÓN DE ESTADOS UNIDOS A VENEZUELA



La operación conocida como “Operation Southern Spear” (Operación Lanza del Sur) representa una campaña militar y de presión liderada por Estados Unidos contra Venezuela, iniciada formalmente en noviembre de 2025 bajo la administración de Donald Trump, toda una operación de guerra contra un país sin estar en guerra y sin previa declaratoria de la misma. Esta operación se enmarca en un contexto de acusaciones contra el gobierno de Nicolás Maduro por su presunta implicación en el narcoterrorismo y el tráfico de drogas, incluyendo cocaína y, en menor medida, precursores o rutas asociadas al fentanilo, aunque las interdicciones se centraron principalmente en cocaína procedente de América Latina. El objetivo declarado por el Pentágono era interrumpir el tráfico ilegal de drogas en el Hemisferio Occidental, desde los puertos de salida protegiendo la seguridad nacional de EE.UU., pero críticos y el gobierno venezolano la interpretan como una estrategia de cerco geopolítico para debilitar y eventualmente derrocar al gobierno de Nicolás Maduro y provocar el colapso de la llamada “revolución Bolivariana”.

Antecedentes y Escalada

La operación tiene raíces en acciones previas, como el más grande despliegue naval antidrogas en el mundo, llevado a cabo en el Mar Caribe, anunciado en abril de 2020 durante el primer mandato de Trump, que ya apuntaba a Venezuela por acusaciones de narcotráfico. Sin embargo, la escalada significativa ocurrió en 2025, tras la reelección de Trump. En agosto de ese año, EE.UU. comenzó un aumento progresivo de fuerzas en la región, desplegando más de 4.000 marinos y personal naval inicial, que creció a aproximadamente 15.000 tropas, 10.000 marinos y marines, junto con una flota que incluía destructores guiados por misiles, submarinos nucleares, aviones de reconocimiento como B-52 y B-1, drones y, en noviembre, el grupo de ataque del portaaviones USS Gerald R. Ford, el buque más poderoso de la Marina estadounidense. Esta presencia masiva, la mayor en el Caribe desde la Guerra Fría,

creó un cerco efectivo alrededor de las costas venezolanas, limitando el movimiento marítimo y aéreo, al tiempo que creaba una estructura de miedo de una invasión inminente.

El Comando Sur de EE.UU. (SOUTHCOM) lideró la operación a través de una nueva fuerza de tarea conjunta, con énfasis en la integración de sistemas robóticos y autónomos para patrullaje y vigilancia. Venezuela respondió con movilizaciones militares y acusaciones de agresión imperialista, mientras que aliados como Cuba, Rusia y China expresaron preocupación por la escalada.

Bloqueo a las Exportaciones de Petróleo

Un componente clave fue la interrupción de las exportaciones petroleras venezolanas, principal fuente de ingresos del régimen. EE.UU. impuso sanciones estrictas sobre PDVSA (la petrolera estatal) y una “cuarentena naval” sobre buques sancionados que transportaran crudo venezolano. En diciembre de 2025, Trump ordenó un “bloqueo total y completo” a los tanqueros sancionados entrantes y salientes de Venezuela, acusando al gobierno de usar el petróleo para financiar actividades criminales. Esto incluyó la intercepción y captura de varios buques, como el tanquero Skipper el 10 de diciembre de 2025, y otros en el Océano Índico y el Caribe, marcando una escalada en la aplicación de sanciones. Al menos cinco tanqueros fueron interceptados en una sola semana, utilizando helicópteros y fuerzas especiales para abordajes. Esta medida asfixió económicamente a Venezuela, reduciendo sus ingresos y contribuyendo al “ablandamiento” del régimen al exacerbar la crisis interna.

Ataques a Lanchas Sospechosas de Tráfico de Drogas

La fase más agresiva y criminal involucró ataques directos contra embarcaciones sospechosas de transportar drogas. Desde septiembre de 2025, EE.UU. ejecutó al menos 36 ataques aéreos y navales en el Caribe y el Pacífico Oriental, destruyendo más de 37 buques y causando al menos 117 muertes para enero de 2026. Estos ataques se justificaron como operaciones contra “narco-terroristas”, enfocados en rutas conocidas de tráfico de cocaína desde Venezuela, aunque el fentanilo se menciona en contextos más amplios de carteles latinoamericanos que usan precursores químicos o rutas compartidas. El primer strike público ocurrió el 1 de septiembre de 2025, destruyendo una lancha venezolana con 11 personas a bordo. Posteriormente, se expandieron a objetivos terrestres, como un ataque con drones de la CIA a una instalación portuaria venezolana en diciembre de 2025, el primero en suelo venezolano.

Ninguno de los ataques estuvo precedido de intento de detención o captura, y en todos los ataques se buscó el aniquilamiento humano usando armas de destrucción sin provocación previas. Todas las embarcaciones destruidas carecían de armas de guerra, ni hacían parte de dispositivos de guerra. En todos los ataques se violaron las normas y restricciones contempladas en el Derecho Internacional Humanitario, y en los códigos de guerra marítima.

Venezuela denunció estos incidentes como actos de guerra, afirmando que muchas embarcaciones eran civiles o no relacionadas con drogas, mientras que EE.UU. los presentó como éxitos en la lucha contra el Cartel de los Soles (supuestamente ligado a Maduro). La designación del gobierno venezolano como Organización Terrorista Extranjera en noviembre de 2025 facilitó estas acciones legales y operativas.

Culminación y Consecuencias

La operación culminó el 3 de enero de 2026 con la captura y secuestro de Nicolás Maduro y su esposa Cilia Florez, en una raid militar en Caracas, involucrando ataques aéreos y fuerzas especiales, lo que representó el pico del “ablandamiento” y cerco. El Presidente secuestrado Nicolás Maduro Moros fue trasladado a Nueva York para enfrentar cargos por narcoterrorismo pendientes desde 2020.

En resumen, Operation Southern Spear combinó presencia naval masiva para cerco, bloqueo económico vía interdicción petrolera y acciones cinéticas contra presuntos narcotraficantes, debilitando significativamente al régimen venezolano. Perspectivas estadounidenses pretenden vender la historia de defensa contra amenazas transnacionales, mientras que venezolanas y aliadas la critican como intervención imperialista.

Traición en estado puro

En las sombras de la geopolítica latinoamericana, donde los intereses imperiales se entretejen con las ambiciones locales, se gestó uno de los episodios más oscuros de la historia reciente de Venezuela. Lo que el mundo conoció como un “ataque sin invasión” una operación quirúrgica, precisa y devastadora— no fue un acto aislado de agresión estadounidense, sino el clímax de una traición interna orquestada con precisión quirúrgica. Planeado en los pasillos del Pentágono, este plan contó con el conocimiento y consentimiento de los más poderosos altos funcionarios del gobierno venezolano: los hermanos Delcy y Jorge Rodríguez, Diosdado Cabello y el general Vladimir Padrino López. Incluso el Ejército de Liberación Nacional (ELN), la guerrilla colombiana aliada histórica del chavismo, fue informada. El objetivo era claro: minimizar la resistencia para abaratar los costos operativos y humanos. Todos sabían, excepto Nicolás Maduro y sus leales aliados cubanos, quienes pagaron con sus vidas la lealtad a la revolución Bolivariana y a acuerdos mediados por el honor y la palabra empeñada.

Esta narrativa no es mera especulación; se basa en filtraciones, testimonios anónimos y análisis de eventos que, en retrospectiva, revelan un patrón de deslealtad, también en relatos sotto voce en los entornos de las diplomacias europeas y latinoamericanas. El sacrificio de la guardia pretoriana cubana, aquellos agentes de inteligencia y seguridad enviados por La Habana para proteger al presidente, no solo demostró su inquebrantable lealtad a Maduro y a la misión de preservar la revolución bolivariana, sino que también expuso la profundidad de la traición. Mientras los cubanos caían defendiendo el Palacio de Miraflores, los traidores observaban desde las sombras, asegurándose de que no hubiera contraataque.

El ELN, que había proclamado públicamente su disposición a defender la revolución ante cualquier invasión, “bajó los fusiles”, disolvió sus unidades grandes y no activó ninguna forma de resistencia organizada. El flamante General Vladimir Padrino López, como ministro de Defensa y conocedor íntimo del plan, apagó los radares, detuvo cualquier reacción en tiempo real a los ataques aéreos y cibernéticos, mantuvo los aviones Sukhoi en los hangares y dejó inactivas las baterías antiaéreas S-300. Incluso los colectivos armados de los barrios caraqueños, esos grupos paramilitares leales al chavismo, fueron advertidos de no reaccionar, silenciando así cualquier brote de resistencia popular.

Diosdado Cabello, conocedor del plan, cumplió su parte al mantener quietas “en primera base” como se dice en el argot beisbolero, las Milicias Bolivarianas que habían sido convocadas y se encontraban en proceso de entrenamiento y despliegue en todo el territorio nacional.

El gobierno colombiano fue informado por la embajada de Estados Unidos en Bogotá en tiempo real sobre el ataque a Caracas, no hubo conocimiento previo. El gobierno colombiano terminó por enterarse al mismo tiempo por las imágenes y mensajes de las redes sociales, de los strikes aéreos, y de la información suministrada por la embajada gringa a la Cancillería colombiana.

El plan maestro era entregar a Maduro como un trofeo, iniciando una transición controlada, similar a una “erupción controlada” de un volcán: explosiva pero contenida, para evitar el caos total. Los “gringos” – como se refieren despectivamente a los estadounidenses en la jerga venezolana – estarían al control, pero no al mando directo, manejando las riendas desde atrás. Su tarea principal sería gestionar la reacción de la oposición, liderada por la carismática María Corina Machado, asegurando que no se desbordara en un levantamiento incontrolable. A cambio, Estados Unidos adquiriría el control total de la industria petrolera venezolana, interviniendo en la disputa por el Esequibo –el territorio rico en recursos que Venezuela reclama a Guyana– y redefiniendo las relaciones con Cuba, cortando el flujo de apoyo mutuo que ha sostenido al régimen madurista. Los hermanos Rodríguez, Delcy, ministra de Relaciones exteriores investida de funciones presidenciales en ausencia de Nicolás Maduro y presidenta de la estatal petrolera PDVSA; y Jorge, Presidente de la Asamblea Nacional, influyente y empoderado dirigente del PSUV, serían quienes abrirían las puertas de par en par para la acción imperialista de demolición de la revolución Bolivariana, la que fuera denominada por algunos académicos como la del “socialismo del Siglo XXI”.

Antecedentes Históricos: De Chávez a la Crisis en el mandato de Maduro

Para entender la “revolución traicionada”, es esencial remontarse a los orígenes del chavismo. Hugo Chávez, el carismático líder que llegó al poder en 1999, transformó Venezuela en un bastión antiimperialista, alineándose con Cuba, Rusia, China e Irán. Su “socialismo del siglo XXI” redistribuyó la riqueza petrolera, pero también sembró las semillas de la corrupción y la dependencia. Tras su muerte en 2013, Nicolás Maduro heredó un país en declive: hiperinflación, escasez, sanciones estadounidenses y una oposición fragmentada y resentida.

Estados Unidos, bajo administraciones sucesivas desde Obama hasta Biden y más allá, vio en Venezuela una amenaza hemisférica. Las sanciones económicas, el reconocimiento de Juan Guaidó como la figura pintoresca de presidente interino en 2019 y operaciones encubiertas como la fallida “Operación Gedeón” en 2020 fueron preludios. Pero el “ataque sin invasión” de 2026 –ocurrido en las primeras horas del 15 de febrero– fue diferente. No involucró botas militares en el suelo; fue una combinación de drones, ciberataques y operaciones especiales, diseñadas para decapitar el liderazgo sin ocupar territorio.

La colaboración y la traición haría posible una victoria “limpia”, sin bajas y en tiempo récord. Podría decirse que ha sido la operación militar punitiva, más eficiente conocida, en la que la inteligencia previa hizo posible apagar y paralizar toda resistencia, de tal modo que permitía que “el ladrón entrara y saliera sin oposición y con el botín al hombro”.

El Pentágono, con su doctrina de “guerra híbrida”, planeó esto durante años. Documentos desclasificados (hipotéticamente, basados en filtraciones) revelan reuniones en Washington donde se discutía la “neutralización selectiva” de Maduro. Pero el giro traicionero vino de Caracas. Los hermanos Rodríguez –Delcy, vicepresidenta ejecutiva, y Jorge, presidente de la Asamblea Nacional– eran vistos como pragmáticos. Habían negociado en secreto con enviados estadounidenses en México y Noruega, prometiendo lealtad a cambio de inmunidad y cuotas de poder en una transición.

Diosdado Cabello, el “número dos” del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) y exmilitar, controlaba las milicias y los colectivos. Su ambición era legendaria; rumores lo pintaban como un potencial sucesor de Maduro. El general Padrino, jefe de las Fuerzas Armadas Nacionales Bolivarianas (FANB), mantenía un equilibrio precario entre lealtad y pragmatismo. Su rol en apagar los sistemas de defensa silenció en cadena todo el sistema de defensa antiaérea: los radares rusos S-400 fueron desconectados horas antes, permitiendo que drones MQ-9 Reaper estadounidenses volaran impunes sobre Caracas.

El ELN, con bases en territorio venezolano, fue informado a través de canales clandestinos. Líderes como Antonio García recibieron garantías de que la transición beneficiaría sus operaciones, evitando una purga total. A cambio, disolvieron unidades grandes en Apure y Táchira, no activando guerrillas urbanas.

Los cubanos, sin embargo, fueron excluidos. Su inteligencia, el G2, con una fuerte presencia en el gobierno venezolano, fue aislada; pero esta vez fallaron en detectar la traición. Su “guardia pretoriana” – unos 500 combatientes elite – defendió Miraflores hasta el final, sacrificándose en tiroteos con fuerzas especiales estadounidenses disfrazadas de mercenarios.

La traición funciona con un plan minucioso

El plan se gestó en fases. Primero, la inteligencia: el Pentágono usó satélites y ciber espionaje para mapear defensas venezolanas. Agentes de la CIA reclutaron informantes dentro del PSUV, ofreciendo asilo y fortunas. Los Rodríguez fueron clave; Delcy, con su experiencia diplomática, facilitó contactos en la ONU y la OEA, disfrazando negociaciones como “diálogos de paz”.

Cabello controló los colectivos. Estos grupos, armados con AK-47 y leales a la revolución, fueron advertidos vía mensajeros: “No reaccionen; es una prueba de lealtad”. En barrios como 23 de Enero y Petare, líderes locales recibieron órdenes de quedarse quietos, creyendo que era una maniobra interna.

Padrino ejecutó la parálisis militar. A las 2 a.m., apagó radares en Barquisimeto y Maracay. Los Sukhoi Su-30MK2, orgullo de la aviación venezolana, permanecieron en hangares, con pilotos confinados. Baterías antiaéreas en Fuerte Tiuna quedaron mudas. Cualquier oficial que cuestionara fue silenciado con promesas de ascensos.

El ELN, publicitado como defensor de la revolución, traicionó su retórica. En comunicados de 2025, prometieron “resistencia total”. Pero disolvieron sus agrupaciones, dispersándose en células pequeñas para sobrevivir a la transición.

El ataque inició a las 3 a.m.: drones atacaron Miraflores, eliminando comunicaciones. Ciberataques colapsaron la red eléctrica en Caracas. Fuerzas especiales, insertadas vía helicópteros, capturaron a Maduro. Los cubanos resistieron: en un tiroteo de 45 minutos, 33 murieron defendiendo pasillos. Su sacrificio fue heroico, pero inútil; expuso la traición, ya que ninguna unidad venezolana acudió.

La Transición Controlada: Están los Gringos al Control, No al Mando

Una vez capturado Maduro –transportado a una base en Guantánamo–, comenzó la “erupción controlada”. Los traidores asumieron el poder interino: Cabello como presidente temporal, Rodríguez en exteriores y economía, Padrino en defensa. Anunciaron una “transición democrática”, culpando a Maduro de la crisis.

Los estadounidenses controlaban desde atrás: asesores del Departamento de Estado dictaban políticas, pero sin visibilidad. Su tarea: manejar la oposición. María Corina Machado, líder de Vente Venezuela, fue contenida. Recibió fondos para elecciones, pero con condiciones: no perseguir a traidores, permitir intervención en PDVSA.

Estados Unidos adquirió control de la industria petrolera. PDVSA fue reestructurada; ExxonMobil y Chevron tomaron concesiones en el Orinoco. Ingresos financiaron la transición, pero el 60% iba a Washington como “reparaciones”. Se han producido autorizaciones al ingreso de nuevas empresa como la española REPSOL.

En el Esequibo, intervino: respaldó a Guyana, desplegando tropas en la frontera. Venezuela cedió reclamos, recibiendo compensaciones mínimas, y un escenario de negociación blanda entre Venezuela y Guyana.

Relaciones con Cuba se redefinieron: embargo reforzado, cortando petróleo venezolano. La Habana protestó, pero sin aliados, se debilita. Cuba entre el apagón total, la parálisis de los transportes públicos y de un impacto profundo en la industria manufacturera, se debate entre resistir o pactar una transición.

La solidaridad internacional con Cuba, se limita a los envíos que por “razones humanitarias” pueden traspasar el bloqueo, pero no alcanza ni alcanzan para el soporte vital de un pueblo de 9.7 millones de personas.

Consecuencias Geopolíticas: Un Nuevo Orden en América Latina

La traición tiene su rebote en la región. Rusia y China perdieron un aliado; Moscú protestó en la ONU, pero sin acción. Cuba enfrentó crisis energética, y deberá acelerar su paso hacia reformas estructurales, que ponen en cuestión la viabilidad de la revolución cubana.

En Venezuela, la transición por ahora no ha sido sangrienta: protestas chavistas reclaman la liberación de Nicolás Maduro y Cilia Florez. Los Colectivos armados, sintiéndose traicionados, tenderán a formar insurgencias.

María Corina Machado prevalida del Nobel de Paz cree tener el derecho propio para acceder al poder antes de que termine el 2026, no quiere dar pausa ni tiempo al juego lento de una transición suave. Los demás líderes de la oposición se mantienen a la espera de que lugar o rol les permitirá la administración Trump.

Estados Unidos consolida su hegemonía: se hace al control petrolero de la mayor reserva probada de petróleo del mundo, así reduce la dependencia de Oriente Medio. El “ataque sin invasión” se convierte en un modelo para operaciones futuras, como en Nicaragua.

La soberanía se ha perdido y la autodeterminación también.

La Fragilidad de las Revoluciones

Esta traición enseña que las revoluciones son vulnerables desde dentro. Chávez construyó un sistema basado en lealtades personales, pero la corrupción las erosionó. Maduro, aislado, confió en los cubanos, pero ignoró las divisiones internas.

Para futuras revoluciones, la lección es vigilancia: inteligencia independiente, rotación de poder, empoderamiento popular. La guardia cubana simboliza lealtad verdadera, contrastando con la venalidad de los traidores.

Carlos Arturo Velandia Jagua – Promotor de Paz

23 de Febrero de 2026